

---

LAS EMOCIONES  
COMO METAPROGRAMAS:  
LO QUE LA PSICOLOGÍA  
EVOLUCIONISTA NOS PUEDE  
ENSEÑAR SOBRE ÉSTAS

ANDREA F. MELAMED

---

ABSTRACT. EMOTIONS AS META-PROGRAMMS:

WHAT EVOLUTIONARY PSYCHOLOGY CAN TEACH US ABOUT THEM

The problem of how to characterize emotions is still open. Different approaches have been grouped into two major views: on the one hand, cognitive theory holds that emotions are essentially constituted by some kind of evaluative judgment; on the other, perceptual theory denies that an evaluation of that sort is necessary for an emotion to occur. In this paper I examine the proposal of evolutionary psychology, specially in the face of emotion problems. In particular, I consider the possibility that their original conception of emotions as superordinate programs, could solve the dispute between the perceptual view and those that defend that a cognitive component, usually an appraisal, is required for an emotion to occur.

KEY WORDS. Emotion, cognition, appraisal, perception, program, superordinate program, evolutionary psychology, adaptation.

---

1.INTRODUCCIÓN

Existe todavía hoy un desacuerdo fundamental en torno a la naturaleza de las emociones, tanto en el plano de la psicología y las ciencias cognitivas, como en el de la filosofía.

Esta problemática puede entenderse, siguiendo a Prinz (2004), con relación a dos preguntas o problemas. En primer lugar, *el problema de las partes* surge de la idea de que las emociones son fenómenos complejos, es decir, presentan distintos elementos o partes, tales como pensamientos, cambios corporales, tendencias de acción, etc. Dado este carácter complejo, cabe preguntarse si algún aspecto o componente ocupa un lugar preponderante, tal que merezca ser subrayado a la hora de caracterizar una emoción típica, es decir, si existe una pieza esencial que funcione como

---

Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires; CONICET, Argentina. /  
afmelamed@gmail.com

condición de posibilidad del fenómeno y sin la cual no cabría hablar de emociones. En segundo lugar, *el problema de la abundancia*, consiste en la cuestión de cómo estas partes (concebidas como esenciales) se coordinan en un todo coherente.

La articulación de respuestas a estas preguntas encierra en sí misma un debate, aún no concluido. En el marco de la psicología cognitiva las distintas soluciones propuestas pueden ser agrupadas bajo dos grandes caracterizaciones. A grandes rasgos, la corriente *cognitiva* sostiene que las emociones están constituidas (esencialmente) por algún tipo de juicio evaluativo, mientras que la denominada corriente *perceptiva* niega que tal evaluación sea necesaria para que ocurra una emoción (Charland, 1997). Así, por ejemplo, encontramos entre los primeros a Solomon, quien defiende que una emoción es un juicio (o conjunto de juicios): la percepción de un incidente, por sí solo, nunca es suficiente para una emoción, y siempre involucra una evaluación personal del significado del hecho (Solomon, 1976; énfasis del autor). Por otra parte, los defensores de la corriente perceptiva, toman como referencia a William James, con su tesis de que los cambios corporales que siguen directamente a la percepción de un evento, y que es la percepción o sensación [*feeling*] de esos mismos cambios fisiológicos a medida que ocurren lo que constituye la emoción (James, 1884). En suma, mientras que para Solomon el miedo es el juicio de que existe un peligro cerca (por ejemplo un oso), para James es la sensación de estremecimiento que sigue directamente a la percepción del oso en la cercanía.

Algunos psicólogos evolucionistas (Tooby & Cosmides, 2005; 2008), en su afán por explicar la conducta humana se han valido de las emociones para dar solución a algunos enigmas propios de su marco teórico. Su peculiar concepción de las emociones nos invita a rehacer algunas preguntas respecto de su naturaleza. El presente trabajo tiene como fin revisar la propuesta de la psicología evolucionista de cara a los mencionados problemas de las partes y de la abundancia. Específicamente, se considerará a la perspectiva de la psicología evolucionista con relación al debate entre las perspectivas perceptiva y cognitiva de las emociones, que surge como respuesta a tales problemas. En este trabajo intentaré señalar cómo su novedosa concepción de las emociones como metaprogramas podría participar en la disputa entre los que abogan por la composición meramente perceptiva de las emociones y aquellos que, por lo contrario, defienden la participación necesaria de algún tipo de elemento cognitivo para que ocurra un fenómeno emocional. Me interesa subrayar, y este es el objetivo principal de este trabajo, cómo la caracterización del fenómeno emocional que brinda la psicología evolucionista se mantiene fuera del debate establecido entre perceptivistas y cognitivistas, y con ello, queda exenta de las dificultades que surgen de tal dicotomía. Es en ese sentido

que el marco proveniente de la psicología evolucionista se ofrece como un marco teórico, como mínimo, interesante para la comprensión cabal del fenómeno emocional.

Para ello, comenzaré ofreciendo una sucinta caracterización de los enfoques tradicionales. A tal efecto, presentaré la discusión que en la década de los ochenta llevaron adelante R. B. Zajonc y R. S. Lazarus, representantes de las perspectivas perceptiva y cognitiva respectivamente. Intentaré mostrar algunas de las dificultades con las que uno se enfrenta al intentar clarificar los puntos fundamentales del desacuerdo en sus propios términos.

En la tercer sección, haré una presentación general de la psicología evolucionista y de su peculiar concepción de las emociones, para finalmente abocarme al análisis de la vinculación de las concepciones tradicionales de las emociones bajo esa psicología.

## 2. ENFOQUES TRADICIONALES

### 2.1. ENFOQUE PERCEPTIVO: R. B. ZAJONC

La independencia de las afecciones respecto de la cognición

El trabajo que Zajonc ofrece en *Feeling and Thinking* (1980) aparece como un rechazo a la aproximación dominante de su época, que sostiene que todas las reacciones afectivas son consecuencia de un proceso cognitivo previo. El propósito general del trabajo de Zajonc es, por lo menos, poner en tela de juicio ese supuesto, comúnmente aceptado en su momento. Como consecuencia, consigue socavar una implicación directa de esa concepción: la idea de que conocer (categorizar) un objeto sea condición de posibilidad para poder ser afectado por él.

El recorrido que realiza para arribar a la conclusión de que existen (al menos algunas) emociones independientes de la cognición, surge del examen de un tipo particular de emoción: el implicado en las preferencias. Es a partir del estudio pormenorizado de las preferencias que sostiene "que es enteramente posible que el primer estadio de la reacción de un sujeto ante un estímulo sea afectiva" (1980, p. 154). Su defensa se articula a partir de la presentación de un conjunto de experimentos destinados a mostrar que las preferencias no se producen como consecuencia de la categorización de los objetos (sino, dirá él, todo lo contrario). En particular, el fenómeno denominado "efecto de mera exposición" muestra cómo los sujetos que han sido expuestos a determinadas figuras, por ejemplo, ideogramas chinos, tienden a preferir los previamente expuestos sobre los nuevos, lo que muestra que la mera exposición es suficiente para crear preferencias. Estos resultados son reforzados con una segunda serie de experimentos, donde la exposición a los estímulos es subliminal. En esta última, a pesar de que los sujetos no eran capaces de reportar cuáles objetos

habían sido previamente observados, el efecto de mera exposición se mantuvo<sup>1</sup>.

A partir de estos resultados, Zajonc considera refutada la tesis general de que debemos conocer un objeto para poder establecer si nos agrada o no: “es posible que algo nos pueda agradar, o que le podamos temer a algo, antes de que conozcamos con precisión qué es y quizás incluso sin conocer qué es” (1980, p. 154). En pocas palabras, según la perspectiva afectiva que defiende Zajonc:

Compramos los autos que nos “gustan”, elegimos los empleos y las casas que encontramos “atractivas”, y luego justificamos esas elecciones por varias razones que parezcan convincentes a otros, que nos preguntarán “¿Por qué ese auto?” o “¿Por qué esa casa?”. *Nosotros* no necesitamos convencernos. *Nosotros* sabemos qué queremos (1980, p. 155. Las cursivas pertenecen al autor.)

La caracterización de las reacciones afectivas (en oposición a las cogniciones frías) se completa con los siguientes rasgos: son ineludibles (no pueden ser controladas voluntariamente por procesos atencionales), irrevocables (una vez formadas, no cesan), inmediatas, imprecisas, difíciles de verbalizar y, no obstante, fáciles de comunicar y comprender.

En síntesis, podemos decir que, al menos respecto a este conjunto de emociones, las reacciones afectivas (específicamente las preferencias) tienen primacía y son independientes de la cognición, o de modo equivalente, pueden existir antes e inclusive sin cognición mediante.

Este punto es fundamental y merece ser destacado. Zajonc no pretende con esto dar por demostrado que *todos* los tipos de emociones sean de esta clase. Por el contrario, procura que las emociones (en particular las reacciones afectivas) se vean salvadas del error análogo que cometen los teóricos cognitivos, que del hecho de que la cognición pueda dar lugar por sí misma a estados emocionales pretenden concluir que el componente cognitivo es un componente necesario para toda clase de emoción.

En suma, el balance de la propuesta de Zajonc es haber encontrado un resquicio donde situar a las emociones que carecen de elementos cognitivos que funcionen como mediadores o les den forma. Al tiempo, reconoce que lo anterior es compatible con la tesis de que existen otros tipos de emociones que son alcanzadas sólo a través de la mediación de algún tipo de componente valorativo.

### Evidencia experimental

En respuesta a algunas objeciones que suscitara su trabajo de 1980, Zajonc avanza en demostrar la tesis de la independencia de las emociones respecto de la cognición, y apela a un nuevo conjunto de evidencia que se resume en los siguientes puntos:

1. Reacciones afectivas exhiben primacía filogenéticamente y ontogénicamente (Izard, 1984).
2. Se pueden identificar estructuras neuroanatómicas distintas para emociones y cognición (LeDoux, 1996).
3. Afección y evaluación están usualmente separados y no correlacionados (Petty, R. E. & Cacioppo, J. T., 1981).
4. Nuevas reacciones afectivas pueden ser establecidas sin la participación de ninguna evaluación aparente (Kunst-Wilson y Zajonc, 1980).
5. Los estados afectivos pueden ser inducidos por procedimientos no cognitivos y no perceptivos (en especial, Schachter y Singer, 1962).

En esta oportunidad Zajonc, señala que si por definición se pretende que las afecciones tengan una evaluación cognitiva como precondition necesaria, es menester descubrir de qué modo entraría la cognición para cada uno de estos fenómenos. Asimismo, alega que dado que muchos fenómenos emocionales pueden ser explicados sin evocar a ningún tipo de procesos cognitivos, el principio general que exige no postular procesos inobservables sólo a efectos de resolver una situación explicativa debe ser aplicado en este caso.

Por otra parte, señala, si uno se empeña en postular precursores cognitivos para todas las emociones “uno está forzado a admitir la reducción de la cognición a procesos tan mínimos como los disparos de las células retinales. Por tanto, si aceptamos la posición [cognitiva] de Lazarus, todas las distinciones entre percepción, cognición y sensación desaparecen” (Zajonc, 1984, p. 121).

## 2.2. ENFOQUE COGNITIVO: RICHARD LAZARUS

En *Thoughts on the Relations between Emotion and Cognition* (1982) Richard Lazarus utiliza como punto de partida el punto de vista de Zajonc. Su concepción general de las emociones puede sintetizarse bajo la idea de que cierto tipo de pensamiento o cognición es una precondition necesaria para toda emoción. En particular, Lazarus (1982) postula que son las valoraciones cognitivas [*cognitive appraisal*] las que vinculan y median las relaciones entre los sujetos y el ambiente, provocando emociones particulares como resultantes de las evaluaciones específicas que realiza el sujeto de su relación con el ambiente (con relación a su bienestar<sup>2</sup>). La tesis general que guía su posición es que “cognición y emoción están usualmente fusionadas en la naturaleza” (Lazarus 1982, p. 1019), a la que le añadirá la motivación como tercer elemento, dando por resultado su famosa tesis de la conjunción e interdependencia de emoción, cognición y motivación (Lazarus, 1999, p. 13). De acuerdo con esta idea, la teoría de las emociones que proponga deberá reflejar esa estrecha vinculación a la que se refiere como ‘fusión’.

En su argumentación, se vale del punto de vista de Zajonc para discutir contra la posibilidad de que existan episodios emocionales propiamente dichos que prescindan de todo elemento cognitivo entre sus antecedentes o disparadores. El ataque puntual a la perspectiva afectiva de Zajonc le servirá como dispositivo para argumentar a favor de su propia concepción cognitiva, esto es, la que sostiene que cierta actividad cognitiva es condición necesaria y suficiente para toda emoción (1982, p. 1019). Al aplicar la máxima de que la mejor estrategia de defensa es un buen ataque, busca socavar la perspectiva afectiva atribuyéndole una incorrecta comprensión de la cognición. Según Lazarus, el responsable del desacuerdo entre los autores, es el modo inadecuado en que Zajonc concibe la cognición, según el cual,

si uno acepta el principio de que el significado se encuentra al final de un proceso cognitivo seriado, entonces, acomodar el hecho de que podemos reaccionar emotivamente de modo instantáneo, nos fuerza a abandonar la idea de que la emoción y la cognición están necesariamente conectadas causalmente (Lazarus, 1982, p. 1021).

No obstante, arguye Lazarus, la cognición debe separarse conceptualmente de la racionalidad y la deliberación; es así que como resultado de la herencia neural y su experiencia, un sujeto tiene esquemas cognitivos que significan, por ejemplo, peligro instantáneamente ante un sonido brusco. A pesar de que los esquemas requeridos en asuntos humanos pueden ser más complejos, la valoración del miedo no debe ser necesariamente deliberada (1982, p. 1022).

Por su parte, las evaluaciones cognitivas no deben implicar necesariamente conciencia de los factores sobre los que descansa. Afirma entonces que:

Estaría de acuerdo con que una persona no necesita percatarse de sus evaluaciones cognitivas y puede utilizar una lógica primitiva, pero argumentaría en contra de la idea de que algunas evaluaciones (Zajonc se refiere a las preferencias) no son cognitivas (Lazarus 1982, p. 1022).

¿Cuál es el requisito cognitivo mínimo de una emoción?

La cuestión clave descansa entonces en cómo caracterizar ese prerrequisito cognitivo que, como fue señalado, no implica percatación consciente ni deliberación. Al buscar una respuesta a la pregunta del subtítulo, Lazarus se pregunta: ¿qué podría transformar estados sensoriales en emociones? (1984, p. 126). Mostrando cierta coincidencia con la fórmula de Zajonc, Lazarus distingue *dos modos de valorar*: uno automático <sup>3</sup>, no reflexivo e inconsciente o preconsciente, y el otro, consciente y deliberado. Destaca entonces que “no es posible decir con seguridad qué proporción

de valoraciones y emociones están basadas en cada modo de actividad cognitiva, y quizás la mayoría de las valoraciones de los adultos involucra una mezcla de ambas" (1991, p. 155).

Nótese que esta formulación incluye una serie de presupuestos, de modo que en la mera presentación del problema se desliza una respuesta preliminar. Por un lado, establece que las emociones son estados distintos de los estados sensoriales; estados que, por otro lado, precisan de una ulterior elaboración (o transformación) para dar lugar al estado emocional. Además, se postula a la cognición (o al componente cognitivo) como el operador responsable de aquella transformación —necesaria por definición— de los *inputs* sensoriales, que da por resultado a los estados emocionales.

Su respuesta es que aquella transformación necesaria para "producir una emoción a partir de estados sensoriales es una valoración de aquellos estados como favorables o dañinos para nuestro bienestar" (1984, p. 126).

De este modo, al desechar la posibilidad de que una emoción (cualquiera que sea) ocurra en prescindencia de cualquier participante cognitivo, es decir, al responder negativamente a la pregunta que se hacía Zajonc acerca de la posibilidad de que *inputs* puramente sensoriales, no transformados, generen directamente emociones (1984, p. 122), Lazarus propone un remplazo del interrogante. La verdadera incógnita para él es cómo la cognición moldea a las emociones, es decir, qué tipo(s) de cognición es/son capaces de despertar emociones de diferentes intensidades y clases, tal como el miedo, la cólera, la culpa, la felicidad, y demás.

Por último, nótese que la disputa que mantiene con la perspectiva perceptiva en general, y con Zajonc en particular, también comprende una discusión en torno a la interpretación de la evidencia experimental disponible. Lazarus evalúa y rechaza cada una de las primeras cuatro líneas de evidencia citadas por Zajonc. La objeción común a todas ellas es que Zajonc no logra realmente eliminar la posibilidad de que alguna actividad cognitiva se halle involucrada, y por ello afirma que:

la esencia de mi posición es, de hecho, que en esta etapa de la teoría, el conocimiento y el método, Zajonc no puede probar que una cognición no esté presente en una emoción, menos aún antes de que ocurra, tanto como yo no puedo probar que esté presente (Lazarus, 1984, p. 126).

Sin embargo, agrega:

Si la cuestión central fuera ¿las evaluaciones cognitivas afectan a las emociones?, en lugar de ¿las emociones *requieren* evaluaciones cognitivas? habría abundante evidencia a favor (Lazarus, 1984, p. 127).

ASPECTOS METATEÓRICOS:  
LA INSEPARABILIDAD DE LAS EMOCIONES Y LA COGNICIÓN

La tesis fuerte de Lazarus es que cognición, emoción y motivación están intrínsecamente entrelazadas, de modo que toda distinción conceptual resulta forzada y antinatural.

Además de las implicancias metateóricas de esta tesis, como la imposibilidad de establecer distinciones conceptuales de los *relata*, la idea del flujo continuo lo lleva a realizar la siguiente pregunta: “¿Acaso esto sugiere que la cognición siempre está antes en la relación emoción-cognición?”. El lector anticipará razonablemente que su respuesta es afirmativa, lo que resulta coherente con su perspectiva cognitiva. Sin embargo, Lazarus nos sorprende:

De ningún modo. (...) Dependiendo de dónde uno inicia la entrada en el flujo, que es arbitrario, cualquier respuesta puede ser también un estímulo, pero no en el mismo instante. (...) En otras palabras, aunque la emoción sea una respuesta al significado, también puede darse antes del próximo pensamiento, que es, en su turno, una respuesta a la emoción experimentada y su impacto en los otros y uno mismo (1999, p. 8).

En rigor, no debiera asombrarnos, puesto que si bien parece conceder que no siempre hay una cognición previa a la emoción, la discusión con los *independentistas* de las emociones no se ve zanjada. Por el contrario, Lazarus busca subrayar aquí que dado que existe un continuo entre emociones, pensamientos y conductas, existirán casos de emociones anteriores a otros casos de pensamiento que, por así decir, serán pensamientos que poco podrán tener que ver con la emoción previa. Básicamente, la respuesta de Lazarus concede que las emociones puedan tener efectos sobre la cognición (véase el apéndice para una breve exposición de este punto). No obstante, ese reconocimiento —si bien apunta a una cuestión sumamente interesante— en rigor no responde a la *otra cuestión*, la que versa en torno a la necesidad de algún tipo de proceso cognitivo (sea éste del tipo que fuere) que media entre los *inputs* sensoriales y las experiencias emocionales. La tesis básica de Lazarus, en su formulación de 1999 se resume en que:

La cognición, en la forma de una evaluación (técnicamente una valoración que involucra significado), está siempre involucrada en las emociones, sin importar qué estados mentales y actos manen de esa emoción. (...) Enfocarse en la secuencia es perder de vista que cognición y emoción son siempre rasgos necesarios de una emoción y que cualquier cambio en la emoción es consecuencia de una nueva valoración, quizás provocada por eventos subsiguientes o por una revaloración defensiva (1999, p. 9).

La teoría valorativa de Lazarus, en síntesis, se construye a partir de la tesis metateórica de que cognición, motivación y emoción se dan siempre en



conjunto y son interdependientes. Este supuesto de la fusión triádica, que dicta que los intentos de trazar divisiones tajantes entre ellas violan la unidad de estas funciones psicológicas (Bruner, 1986), le permite concluir que puesto que los procesos cognitivos, emocionales y motivacionales están íntegramente fusionados, “separarlos equivale a crear categorías científicas arbitrarias que no existen en la naturaleza” (Lazarus, 1999, p. 13).

### 2.3. COGNICIÓN Y PERCEPCIÓN EN LOS ENFOQUES TRADICIONALES

En primer lugar, es menester distinguir dos sentidos o connotaciones del término “cognición”. Si bien el término es impreciso, puede decirse que algunas veces se entiende como percatación consciente, mientras que en otras como procesamiento complejo de información. Y aunque a menudo se superpongan, estos significados no son equivalentes (Frijda, 1994).

De modo que, cabe preguntarse: ¿en cuál de estos sentidos están pensando cada uno de los autores? Responder esta pregunta no es tarea sencilla puesto que como señalan Varela, Thompson y Rosch, el cognitivismo suele contradecir el principio por el cual “la cognición y la conciencia forman parte de lo mismo” (1991, p. 50), en el sentido de que la determinación del dominio de la cognición cruza explícitamente la frontera consciente/inconsciente <sup>4</sup>.

Con todo, creo que está claro que la disputa no versa en torno al sentido de cognición como percatación consciente, en tanto, como hemos visto, los autores acuerdan que la conciencia y la deliberación (premeditación o intención) no son características propias de (todos) los estados emocionales, ni de sus condiciones de posibilidad <sup>5</sup>.

Es desafortunado que los autores tampoco ofrezcan grandes precisiones, y se limitan a referirse a la cognición de modo figurado o alegórico. Por ejemplo, para Zajonc implica determinada “transformación de un *input* sensorial” en una forma que podría estar subjetivamente disponible. Esta operación que aunque se define por no ser necesariamente intencionada, racional o consciente, sí debe implicar un “mínimo de trabajo mental”:

La cuestión no es cuánta información del entorno requiere el organismo sino cuán poco trabajo debe hacer sobre esta información para producir una reacción emocional (1984, p. 122).

Además del aparente carácter nimio del procesamiento cognitivo involucrado, Zajonc también es poco exigente con respecto al contenido de ese procesamiento. Me refiero a que, dado el carácter patentemente fragmentario de ese procesamiento, éste da lugar a representaciones incompletas y muchas veces erróneas. Al respecto señala que:

La sensibilidad afectiva es universal entre las especies animales. El conejo confrontado por una serpiente no tiene tiempo de considerar todos los atributos perceptibles de la serpiente con la esperanza de poder inferir de ellos la probabilidad, temporalidad o dirección del ataque. El conejo no puede detenerse a contemplar la longitud de los colmillos de la serpiente o la geometría de sus manchas. Para que el conejo escape, la acción debe ser emprendida mucho antes de que se complete el proceso cognitivo (...) La decisión de escapar debe ser tomada sobre la base de un compromiso cognitivo mínimo (1980, p. 156).

Nótese la curiosa coincidencia con la siguiente afirmación de Lazarus:

No debemos tener la información completa para reaccionar emotivamente al significado. Podemos reaccionar ante la información incompleta, cosa que de hecho hacemos en la mayoría de las transacciones ordinarias. El significado derivado de información incompleta puede, por supuesto, ser vaga; necesitamos dejar margen para este tipo de significado así como también para el significado claramente articulado y completamente procesado (1982, p. 1021).

Tal como lo he presentado, Lazarus se refiere a la cognición —en su relación con las emociones— o, más precisamente, a la evaluación cognitiva, al expresar que la manera bajo la cual un sujeto interpreta una situación particular es crucial para la respuesta emocional (Lazarus, 1982, p. 1019). ¿Cuál sería entonces la complejidad cognitiva mínima implicada en una evaluación tal? ¿O la complejidad es tal que algunos animales no humanos quedarían excluidos? Al respecto, nos dice:

Probablemente todos los mamíferos cumplen los requisitos cognitivos mínimos, si uno permite que el concepto de valoración incluya el tipo de procesos descritos por los etólogos, en los que una respuesta incorporada y rígida a estímulos diferencia peligro de no-peligro. Una percepción evaluativa, y por consiguiente una valoración, puede operar en todos los niveles de complejidad, desde el más primitivo e innato al más simbólico y adquirido [*experienced-based*]. Si esto es razonable, entonces es también posible decir que una valoración cognitiva está *siempre* implicada en una emoción, incluso en criaturas filogenéticamente más primitivas que los humanos (1982, p. 1023).

En suma, pretendo haber mostrado que hay una connotación de “cognitivo”, en el sentido de trabajo mental mínimo, en que los autores acordarán que *las emociones son cognitivas*. Por supuesto que una respuesta de esta índole, convierte a la cuestión en sólo terminológica y carece de relevancia filosófica.

No estoy segura de que todos los autores subsumidos bajo el enfoque cognitivo se vean complacidos con la inclusión o el reconocimiento de un procesamiento incompleto o primitivo. Al punto de que muchos de ellos,

con la intención de proveer una caracterización única de “el” fenómeno emocional, se han visto tentados a expulsar a las afecciones del ámbito emocional, reservando el título de “emoción” para las emociones “acabadas”<sup>6</sup>. Es decir, un abordaje completo de las emociones debería también dar cuenta de esas emociones que sí parecen depender de la manipulación de “significados articulados”, involucrados en procesos cognitivos sofisticados (y como tales no incluidos en las operaciones de trabajo mental mínimo acordado por Lazarus y Zajonc).

El desacuerdo para caracterizar a las emociones puede ir más allá del acuerdo superficial sobre el carácter subpersonal del procesamiento de la información de entrada. Creo que la discusión incluye desacuerdos respecto a dos puntos distintos. Por un lado, el que encierra un problema fácil: un desacuerdo de corte terminológico respecto a qué fenómeno o conjunto de fenómenos deseamos que caigan dentro del dominio de las emociones (que a su vez se verá relacionado con el dominio de individuos al que deseamos atribuir su experimentación<sup>7</sup>). Así pues, esta polémica se disuelve al distinguir las aplicaciones posibles y reservar el término (cualquiera que sea) para alguna de ellas<sup>8</sup>. Por otra parte, el que encierra el problema más difícil y también el más interesante, discute el carácter cognitivo de las emociones con relación a qué clase de fenómenos deben tener lugar para que ocurra una respuesta emocional típica. En otras palabras, se discute cuál es la naturaleza de las operaciones que debe hacer un sujeto (o alguna “parte” de él) que posibilita que se dé un fenómeno emocional. Así el debate se articula en torno a qué tipo de procesamiento (si cognitivo o no) se realiza sobre el *input* perceptivo.

Con relación al último, es relevante mencionar a Hanson<sup>9</sup> y su problematización de la percepción, en particular, su análisis de la visión. La pregunta que él se hace es: ¿todos vemos la misma cosa? Hanson responde que hay un sentido relevante en que sí vemos lo mismo puesto que puede describirse el mismo proceso fisiológico por el cual se forma la misma imagen en todos, es decir, nuestras retinas forman las mismas configuraciones. Se habla entonces del ojo como si por sí mismo “viera” objetos. Hay otro sentido por el cual usted y yo no vemos necesariamente lo mismo, a pesar de la idéntica recepción del *input* en los globos oculares. La explicación que interviene aquí es aquella que dice que en realidad existen diversas *interpretaciones* de lo que ven todos los observadores. Pues bien, esta respuesta no resulta satisfactoria, en tanto que encierra la duplicación de componentes, uno óptico y otro interpretativo. “¿Qué puede cambiar? Nada óptico o sensorial se ha modificado, y, sin embargo, uno ve cosas diferentes. Cambia la organización de lo que uno ve” (1971, p. 89). La relevancia de este punto radica en que la misma consideración se puede hacer para los casos de procesamiento de *inputs* sensoriales y la relación con sus consecuentes estados emocionales, es decir, sin tener que compro-

meterse con procesos cognitivos de orden superior, podemos decir que se dan ciertos procesos, implicados por el proceso mismo de la percepción, que pueden dar lugar a experiencias distintas.

### 3. EL MARCO CONCEPTUAL DE LA PSICOLOGÍA EVOLUCIONISTA

La psicología evolucionista se caracteriza por ser un intento de unificar empírica y teóricamente las ciencias psicológicas, sociales y conductuales, en un único marco conceptual evolucionista (Cosmides, Tooby, et al, 1992). El supuesto fundamental que guía esta empresa es que así como la evolución ha operado sobre rasgos físicos (fisiológicos y biológicos) valiéndose principalmente del mecanismo de selección natural (Darwin, 1859), también lo ha hecho sobre la mente, de modo que muchas de nuestras capacidades psicológicas pueden ser explicadas a través este mecanismo (Darwin, 1872). Así, sostienen Tooby y Cosmides en un texto reciente:

Los subcomponentes funcionales (programas) que constituyen nuestra arquitectura mental fueron diseñados por la selección natural para resolver problemas adaptativos que enfrentaran nuestros ancestros cazadores recolectores, regulando la conducta de modo que se incrementara la propagación genética-aquello que los biólogos denominan "*fitness*". (...) La selección natural es el único proceso que introduce organización funcional en los diseños de los organismos (2008, p. 115).

#### 3.1. LAS EMOCIONES COMO ADAPTACIONES

Según los autores, el enfoque de la psicología evolucionista puede ser aplicado a cualquier tópico en psicología. Asimismo, resaltan que el enfoque resulta especialmente revelador cuando es aplicado a las emociones.

La coexistencia de tantos y tan variados programas, diseñados uno a uno para solucionar problemas adaptativos específicos, entraña el problema de que muchas veces su disparo simultáneo genera interferencias o conflictos de intereses. Este problema específico del marco es solucionado con la apelación a las emociones. De este modo, las emociones se conciben como programas especiales que evolucionaron para satisfacer las demandas de coordinación. Las emociones son concebidas como metaprogramas, cuya función es coordinar la ejecución de todos los demás programas, es decir, son capaces de anular o desactivar alguno de ellos durante la ejecución de algún otro, o inclusive de coordinar la acción conjunta<sup>10</sup>. Por ejemplo, es preciso un programa que ordene la desactivación de programas de descanso cuando se encuentran activados programas de evasión de predadores. Un animal no puede ir en pos de todas sus metas a la vez. Si un animal tiene hambre y tiene sed no se quedará en medio camino entre un arbusto con moras y un estanque con agua. El animal tiene que comprometer su cuerpo a una sola meta a la vez y las metas tienen que

emparejarse con los mejores momentos para lograrlas (Pinker, 1997, p. 480). A ese propósito, nuestros autores afirman:

De acuerdo a este marco teórico, una emoción es un programa de orden superior cuya función es dirigir las actividades e interacciones de los subprogramas que gobiernan la percepción, atención, inferencia, aprendizaje, memoria, elección de metas, prioridades motivacionales, esquemas conceptuales y de categorización, reacciones fisiológicas, reflejos, reglas de decisión de conducta, sistema motor, procesos comunicativos, nivel de energía y distribución de esfuerzo, coloración afectiva de eventos y estímulos, recalibración de probabilidades estimadas, etc. (Tooby, J. y Cosmides, L., 2008, p. 118).

En palabras de S. Pinker:

Las emociones son los mecanismos que plantean las metas más elevadas del cerebro. Una emoción, cuando ha sido desencadenada por un momento propicio, activa a su vez la cascada de submetas y subsubmetas a las que denominamos pensar y actuar (1997, p. 480).

De modo que aceptar esta peculiar concepción de las emociones nos obliga a remarcar la distinción entre las emociones y lo que era tradicionalmente concebido como sus meras manifestaciones o efectos, tanto sobre la fisiología como sobre la conducta y demás. Esto se debe, en particular, a que involucran instrucciones para todos ellos en conjunto, así como para otros mecanismos distribuidos a lo largo de la arquitectura mental y física de los sujetos. Al respecto, Pinker es preciso cuando, evocando la imagen ofrecida por William James, dice que:

La emoción no consiste en salir corriendo ante la presencia de un oso, sino que es accionada por el procesamiento de información más sofisticado del que es capaz la mente (...) Además, ayudan a tramar planes intrincados para huir (1997, p. 478)

### 3.2. ¿METAPROGRAMAS PERCEPTIVOS O COGNITIVOS?

Si atendemos al objetivo principal de este trabajo, resulta interesante preguntarse, entonces, si la aplicación del marco teórico de la psicología evolucionista a las emociones puede participar en la disputa entre los enfoques perceptivo y cognitivo.

Creo conveniente comenzar este análisis trazando una distinción en el seno de la propuesta de la psicología evolucionista, que puede ser sintetizada en dos tesis, relativamente independientes.

Tesis 1: Las emociones son adaptaciones, i.e., surgieron por selección natural.

Tesis 2: Las emociones son metaprogramas, encargados de coordinar la acción conjunta de los subprogramas.

En primer lugar, defender la tesis del origen adaptativo de las emociones puede conducirnos a reconocer cierta funcionalidad específica y hasta aceptar que ésta sea la orquestación de otros programas. No obstante, su conceptualización como metaprogramas exige una justificación ulterior. En este sentido, es posible conceder que sea “prueba de que los miedos son adaptaciones y no sólo defectos en el sistema nervioso, [el hecho de] que los animales que han evolucionado en islas donde no existen depredadores pierden el miedo y pasan a ser presas fáciles para cualquier intruso” (Pinker, 1997, p. 497), sin que ello nos obligue necesariamente a concebirlas según la tesis 2.

Como he intentado mostrar en el apartado 2.3, la distinción entre procesos cognitivos y no cognitivos presupuesta en el debate entre las corrientes cognitivas y perceptivas de las emociones puede resultar elusiva o incluso trivial. Con el fin de formular una descripción más adecuada del desacuerdo sobre la naturaleza de los fenómenos emocionales, el problema podría ser replanteado incorporando otra noción proveniente de la psicología evolucionista. Quiero decir, una aproximación más fructífera probablemente sea aquella que teniendo en cuenta algún modelo de arquitectura mental, se pregunte por el tipo de procesamiento —mínimo— involucrado, esto es, en términos de la psicología evolucionista, la pregunta respecto a si deben ser concebidos como procesos llevados adelante por módulos o sistemas de dominio general.

Por su carácter de metaprograma regulador, según la perspectiva de las emociones de la psicología evolucionista, encontrarse en un estado emocional involucra cambios en el interior de una serie de programas de distinto tipo. Por ejemplo, para el caso del miedo:

1. Cambian los umbrales de percepción y atención;
2. Se desplazan las metas y motivaciones;
3. Se redireccionan programas de recolección de información;
4. Cambian los marcos conceptuales, con la imposición automática de categorías tales como “peligroso” o “seguro”;
5. Se redireccionan procesos de memoria hacia nuevas tareas de recuperación;
6. Cambian algunos procesos de comunicación (por ejemplo, expresiones faciales);
7. Se activan sistemas especializados de inferencia;
8. Se activan sistemas especializados de aprendizaje;
9. Cambia la fisiología (sistemas autonómico, endócrino, etc.);

10. Se activan reglas de decisión de conductas (escondarse, quedarse inmóvil, etc.); algunas de estas respuestas pueden ser experimentadas como automáticas o involuntarias.

Con relación a esta lista, cabe resaltar principalmente dos cuestiones. En primer lugar, podemos decir que esta concepción no se aleja demasiado de aquellas no evolucionistas, puesto que también reconocen que la cascada de procesos que se desencadenan es de naturaleza muy variada. Señalemos que el punto que se debaten los autores de corrientes perceptiva y cognitiva no versa en torno a las posibles manifestaciones o efectos de las emociones, sino a la pregunta por aquello que sucede *para* que este desencadenamiento suceda, esto es, por sus condiciones de posibilidad.

En segundo lugar, debe notarse que en esta lista se encuentran elementos que podrían catalogarse como cognitivos (p.e., 4 y 7) y motivacionales (p.e., 2), y podría subrayarse que parte del espíritu de la psicología evolucionista es diluir la dicotomía entre el estudio de la cognición —concebida con base en la adquisición de conocimiento— por un lado, y las motivaciones, emociones y preferencias, por el otro. Ocurre así en tanto son aspectos inseparablemente coevolucionados del mismo sistema unificado de representación y acción (Tooby & Cosmides, 2005, p. 45).

En este sentido, uno podría pensar que, frente a la distinción entre enfoques perceptivo y cognitivo, la psicología evolucionista (en caso de ser fácticamente adecuada) ofrecería un marco conceptual que superaría la distinción en la que se basa el debate en cuestión. De ese modo, en caso de que el marco propuesto por la psicología evolucionista resultase adecuado, la discusión planteada en los términos anteriores debería más bien ser abandonada, en lugar de continuar buscando resolverla en sus propios términos.

Con independencia de este punto (la psicología evolucionista está lejos de ser aceptada unánimemente como un marco fáctico adecuado), ésta nos puede brindar alguna herramienta para pensar la discusión entre Zajonc y Lazarus de modo que no carezca de sentido, pues permanece abierta la pregunta interesante acerca del carácter (de dominio específico o de dominio general, etc.) de los procesos cognitivos involucrados. Por ejemplo, si volvemos sobre los experimentos que presenta Zajonc con relación a las preferencias, donde concluye que no existe ningún tipo de evaluación mediadora, podría plantearse la siguiente objeción. La idea que subyace a su conclusión es que las preferencias se desarrollan sin ninguna clase de categorización. Uno podría sospechar que sea posible preferir algo sin haberlo categorizado previamente. Si la mera exposición a ciertos estímulos consigue condicionar mis elecciones, al menos debe haber existido una categorización, aun débil o básica, que explique el reconocimiento de la repetición en dichos casos. Tal vez una forma más adecuada de referirnos a

este punto de la polémica considere la naturaleza de la categorización (también llamada “evaluación” o “valoración”), en lugar de tan solo preguntarse si tal categorización es esencial.

Para finalizar, resulta plausible pensar que el punto principal del enfoque perceptivo radica en rechazar la intervención de procesos cognitivos sofisticados, separándolos del conjunto de las condiciones necesarias de las emociones. Es decir, en excluir aquellos proceso que atribuiríamos a la “reflexión deliberada acerca de cómo es el mundo” (Boyer & Barrett, 2005, p. 96), aunque no procesos más básicos que dependen de la ontología intuitiva humana evolucionada, que comprende “un catálogo de amplios dominios de información, diferentes conjuntos de principios aplicados a estos diferentes dominios, así como también diferentes reglas de aprendizaje para adquirir más información acerca de esos objetos” (Boyer & Barrett, 2005, p. 96).

#### 4. CONCLUSIONES

En este trabajo intenté sugerir de qué modo la incorporación de algunas nociones provenientes de la psicología evolucionista puede contribuir a formular mejor el problema en torno a la caracterización de las emociones. Como objetivo preliminar, antes que situar a la psicología evolucionista en el marco de la polémica perceptivo/cognitivo, creo que más bien la adopción del propio ensamblaje de la psicología evolucionista podría permitir remontar las dificultades propias del planteamiento anterior y configurar un nuevo camino.

Por último, y con estas ideas presentes, resulta sugestivo releer algunas pasajes de Oatley y Johnson-Laird en los que advertían que su teoría no debía tomarse como una contribución al debate respecto a si las emociones precisaban (o no) de pensamiento consciente. Por el contrario, su preocupación estaba más bien vinculada a la función de las emociones en los sistemas modulares (Oatley & Johnson-Laird, 1987, pp. 30-31), concebidas como “parte de la solución biológica al problema de cómo planear y ejecutar la acción apuntada a satisfacer múltiples metas en ambientes que no son completamente predecibles” (1987, p. 35).

Este trabajo ha sido realizado con la ayuda del proyecto de investigación PICT 2013-1419 de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (Argentina) y del proyecto de investigación UBACyT 20020130100231BA de la Universidad de Buenos Aires. Agradezco a Tomás Balmaceda, Federico Burdman, Santiago Ginnobili, Karina Pedace y Diana I. Pérez, por sus valiosos comentarios a versiones previas de este trabajo.



- 1 Véase Zajonc (2001) para una versión más reciente del fenómeno de la mera exposición. Otros resultados experimentales que refuerzan la hipótesis de la primacía de la afectación son Murphy & Zajonc, 1993; Winkielman, Zajonc et al. 1997. También Adolphs, et al (2005) presentan evidencia en favor de la posibilidad de discriminación (y preferencia) entre estímulos que no son conscientemente percibidos (o recordados), sugiriendo una disociación fuerte entre la preferencia y el reconocimiento. Según ellos mismos, esta disociación sería además compatible con la distinción entre, por una parte, una vía gustativa ventral límbica (que incluye a la amígdala, al hipotálamo y regiones del ganglio basal) que parece ser suficiente para una discriminación conductual básica del gusto y, por otra parte, de una vía cortical dorsal que sería necesaria para un procesamiento y aprendizaje gustativo complejo (Pfaffmann, Norgren, et al., 1977).
- 2 Sigue explícitamente y extiende la perspectiva de Arnold (1960) respecto a la noción de valoración. En Lazarus, et al (1970) se afirma que cada reacción emocional (al margen de su contenido) es una “función de un tipo particular de cognición o valoración” (p. 218, cursivas de los autores). De igual modo Lyons dice: “tu emoción es causada por aquello que vos conoces acerca de la situación y su relevancia para vos, y no por lo que algún observador objetivo especula o sabe de la situación” (1999, p. 39).
- 3 Advierte Lazarus que tal carácter automático no debe ser equiparado con una condición primitiva, puesto que el procesamiento automático admite “significados complejos, abstractos y simbólicos, que a través de la experiencia pueden ser condensados en significado instantáneo” (1991, p. 155).
- 4 Según ellos, “para los cognitivistas, la pareja inseparable está constituida por la cognición y la intencionalidad (representación), no por la cognición y la conciencia” (1991, p. 50).
- 5 La independencia de las emociones con respecto a la conciencia ha sido reforzada por evidencia experimental: estudios en neuroimágenes han revelado que presentaciones de estímulos emociones enmascarados (i.e., inaccesibles a la percepción consciente del sujeto) activan la amígdala —responsable de las respuestas emocionales (Killgore & Yurgelun-Todd, 2004; Morris, Ohman, et al. 1998; Whalen, Rauch, et al. 1998).
- 6 Por ejemplo, Lazarus mismo descarta que los sustos sean emociones, y los relega al ámbito de los actos reflejos.
- 7 Me refiero al hecho de que en caso de convertir en factor esencial un aspecto sofisticado de la cognición, quedarán fuera de la experimentación emocional aquellos sujetos que carezcan de capacidades de este tipo, como animales no humanos o infantes humanos.
- 8 Esto es, dada la polisemia que encierra el término “emoción”, la disputa podría versar en torno a tomar al miedo, amor, envidia, celos como casos de emociones o sólo a algunos de ellos.
- 9 El tratamiento que realiza Hanson remite siempre a las *Investigaciones filosóficas* de Wittgenstein (1988) y los diversos trabajos de psicólogos de la Gestalt.
- 10 Por ejemplo, la acción de eludir predadores requiere simultáneamente cambios en el ritmo cardíaco y en la agudeza auditiva.

- Adolphs, R., Tranel, D., Koenigs, M. y Damasio, A. R. (2005), "Preferring one taste over another without recognizing either", *Nature Neuroscience* 8 (7):860-861 .
- Arnold, M. (1960), *Emotion and Personality*. New York: Columbia University Press.
- Boyer, P. y Barrett, C. (2005), "Domain specificity and intuitive ontology", in D. M. Buss (ed.), *The Handbook of Evolutionary Psychology*, Hoboken, New Jersey: John Wiley & Sons, Inc.
- Bruner, J. (1986), "Thought and emotion: can Humpty Dumpty be put together again?", in D. J. Bearison y H. Zimiles (eds.), *Thought and Emotion: Developmental Perspectives*, Hillsdale, NJ: Erlbaum, pp. 11-20.
- Cosmides, L., Tooby, J. y Barkow, J. (1992), "Introduction: evolutionary psychology and conceptual integration", in J. Barkow, L. Cosmides y J. Tooby (eds.), *The Adapted Mind: Evolutionary Psychology and the Generation of Culture*, New York: Oxford University Press, pp. 3-15.
- Charland, L. C. (1997), "Reconciling cognitive and perceptual theories of emotion: a representational proposal", *Philosophy of Science* 64 (4):555-579.
- Darwin, C. (1859), *On the Origin of Species by Means of Natural Selection*. London: John Murray.
- Darwin, C. (1872), *The Expression of the Emotions in Man and Animals*. London: John Murray.
- Frijda, N. H. (1994), "Emotions require cognitions, even if simple ones", in P. Ekman y R. J. Davidson (eds.), *The Nature of Emotion: Fundamental Questions*, New York: Oxford University Press, pp. 197-202.
- Hanson, N. R. (1971), *Observation and Explanation: A Guide to Philosophy of Science*. New York: Harper & Row.
- Izard, C. E. (1984), "Emotion-cognition relationships and human development.", in J. K. C. E. Izard, & R. B. Zajonc (ed.), *Emotions, Cognition, and Behavior*, New York: Cambridge University Press, 17-37 .
- James, W. (1884), "What is an emotion?", *Mind* 9:188-205.
- Killgore, W. D. y Yurgelun-Todd, D. A. (2004), "Activation of the amygdala and anterior cingulate during nonconscious processing of sad versus happy faces", *Neuroimage* 21: pp. 1215-1223.
- Kunst-Wilson, W. R. y Zajonc, R. B. (1980), "Affective discrimination of stimuli that cannot be recognized", *Science* 207: 557-558.
- Lazarus, R. S. (1982), "Thoughts on the relations between emotion and cognition", *American Psychologist* 37: p.p. 1019-1024.
- Lazarus, R. S. (1984), "On the primacy of cognition", *American Psychologist* 39:124-129.
- Lazarus, R. S. (1991), *Emotion and Adaptation*. New York: Oxford University Press.
- Lazarus, R. S. (1999), "The cognition-emotion debate: a bit of history", in T. Dalgleish y M. J. Power (eds.), *Handbook of Cognition and Emotion*, Chichester, UK: Wiley, pp. 3-19.
- Lazarus, R. S., Averill, J. R. y Opton, E. M. J. (1970), "Towards a cognitive theory of emotion", in M. Arnold (ed.), *Feelings and Emotions: The Loyola Symposium*, New York: Academic Press, pp. 207-232.
- LeDoux, J. E. (1996). *The Emotional Brain*. New York: Simon and Schuster.
- Lyons, W. (1999), "The philosophy of cognition and emotion", in T. Dalgleish y M. J. Power (eds.), *Handbook of Cognition and Emotion*, Chichester, UK: Wiley, pp. 21-44.

- Morris, J. S., Ohman, A. y Dolan, R. J. (1998), "Conscious and unconscious emotional learning in the human amygdala", *Nature* 393:467-470
- Murphy, S. T. y Zajonc, R. B. (1993), "Affect, cognition, and awareness: Affective priming with optimal and suboptimal stimulus exposures", *Journal of Personality and Social Psychology*, 64:723-739.
- Oatley, K. y Johnson-Laird, P. N. (1987), "Towards a cognitive theory of emotions", *Cognition and Emotion* 1 (1):29-50.
- Petty, R. E., & Cacioppo, J. T. (1981). *Attitudes and Persuasion: Classic and Contemporary Approaches*. (Wm. C. Brown). Dubuque, Iowa.
- Pfaffmann, C., Norgren, R. y Grill, H. (1977), "Sensory affect and motivation", *Annals of the New York Academy of Sciences* 290 (1):18-34.
- Pinker, S. (1997), *Cómo funciona la mente*. Barcelona: Destino.
- Prinz, J. (2004), *Gut Reactions: A Perceptual Theory of Emotion*. New York: Oxford University Press.
- Schachter, S. y Singer, J. E. (1962), "Cognitive, social and physiological determinants of emotional state", *Psychological Review* 69 (5):379-399.
- Solomon, R. C. (1976), *The Passions: The Myth and Nature of Human Emotion*. New York: Anchor Press, Doubleday.
- Tooby, J. y Cosmides, L. (2005), "Conceptual foundations of evolutionary psychology", in D. Buss (ed.), *The Handbook of Evolutionary Psychology*, Hoboken, New Jersey: John Wiley & Sons, Inc., pp. 5-67.
- Tooby, J. y Cosmides, L. (2008), "The evolutionary psychology of the emotions and their relationship to internal regulatory variables", in M. Lewis, J. M. Haviland-Jones y L. Feldman Barrett (eds.), *Handbook of Emotions*, New York, NY: The Guilford Press.
- Varela, F., Thompson, E. y Rosch, E. (1991), *The Embodied Mind. Cognitive Science and Human Experience*. Cambridge: MIT Press.
- Whalen, P. J., Rauch, S. L., Etcoff, N. L., McInerney, S. C., Lee, M. B. y Jenike, M. A. (1998), "Masked presentations of emotional facial expressions modulate amygdala activity without explicit knowledge", *Journal of Neuroscience* 18:411-418.
- Winkielman, P., Zajonc, R. B. y Schwarz, N. (1997), "Subliminal affective priming resists attributional interventions", *Cognition and Emotion* 11 (4):433-465.
- Wittgenstein, L. (1988), *Investigaciones filosóficas*. México: Instituto de Investigaciones Filosóficas UNAM .
- Zajonc, R. B. (1980), "Feeling and thinking: Preferences need no inferences", *American Psychologist* 35:151-175.
- Zajonc, R. B. (1984), "On the primacy of affect", *American Psychologist* 39:117-123
- Zajonc, R. B. (2001), "Mere exposure: a gateway to the subliminal", *Current Directions in Psychological Science* 10 (6):224-228.